La chica nueva

En el pueblo polvoriento de Delicias, donde el sol parecía decidido a rostizar a sus habitantes como pollos en una rosticería, Sergio "Limpias" Sánchez era una anomalía. A sus diecisiete años, este estudiante de preparatoria había convertido el mantenerse impecable en una especie de arte personal. No importaba que el calor sofocante del mediodía derritiera el asfalto o que el viento arrastrara nubes de tierra rojiza que se adherían a la ropa como una segunda piel: Sergio siempre olía a una mezcla de loción fina y jabón de lavanda. Era un milagro olfativo que desconcertaba a sus compañeros, quienes, empapados en sudor y con el aroma a tortillas recalentadas impregnado en sus camisetas, lo miraban con una mezcla de envidia y burla.

Pero más allá de su obsesión por oler bien, lo que definía a Sergio era su absoluta normalidad, una característica que él mismo consideraba su mayor defecto. Le gustaba el fútbol como a cualquier chico de su edad, veía películas de acción en la televisión abierta los fines de semana y soñaba con tener un carro propio algún día. Era tan promedio que a veces se miraba al espejo y se preguntaba si alguien en el pueblo siquiera lo recordaría después de graduarse. Sin embargo, esa normalidad venía acompañada de una bondad instintiva que lo hacía destacar, aunque fuera a su pesar. Sergio era el primero en ceder su asiento en el camión abarrotado que lo llevaba a casa, el que ayudaba a los maestros a cargar cajas de libros polvorientos al almacén, el que ofrecía su botella de agua a quien la necesitara, aunque eso significara quedarse sediento bajo el sol inclemente.

Delicias no era exactamente una ciudad, sino más bien un pueblo grande disfrazado de urbe. Sus calles estrechas y sus casas de adobe descolorido estaban llenas de rumores que se propagaban como el polvo en el viento. Los estudiantes de la preparatoria hablaban de ovnis que cruzaban el cielo nocturno, de fantasmas que rondaban el panteón viejo y de criaturas extrañas que acechaban en los campos de maíz resecos. Sergio, sin embargo, era un escéptico empedernido. “Son puras tonterías”, decía con una risita, mientras sus amigos juraban haber visto luces parpadeantes sobre el cerro. Él prefería aferrarse a lo tangible: el balón de fútbol, el sonido de una explosión en una película de Stallone, el aroma fresco que lo envolvía como un escudo.

Esa bondad y esa falta de prejuicios hacían de Sergio alguien querido por todos, pero también un enigma en asuntos del corazón. Trataba a todas las chicas con la misma cortesía: les abría la puerta del salón, les ofrecía un dulce de su mochila, las ayudaba con las tareas si se lo pedían. Nadie podía decir con certeza si alguna le gustaba más que las demás, porque su amabilidad era tan uniforme que parecía una barrera impenetrable. Hasta que llegó Luisa Guzmán.

Era mediados del semestre cuando Luisa apareció en la preparatoria como un espectro silencioso. Nadie sabía de dónde venía exactamente; algunos decían que de un pueblo perdido en las montañas, otros que de una ciudad tan pequeña que ni siquiera aparecía en los mapas. Era alta, delgada como un lápiz recién afilado, con una piel tan pálida que parecía reflejar la luz del sol en lugar de absorberla. Sus ojos, grandes y oscuros, tenían una cualidad inquietante, como si siempre estuvieran mirando más allá de lo que había frente a ella. Hablaba poco, y cuando lo hacía, su voz era baja y precisa, como si cada palabra estuviera medida con un calibrador. Los demás estudiantes la evitaban instintivamente, no por maldad, sino porque había algo en ella que no encajaba en el caos sudoroso y ruidoso de Delicias.

Para Sergio, sin embargo, Luisa fue un impacto inmediato. La primera vez que la vio, entrando al salón con una mochila colgando de un hombro, sintió un nudo en el estómago que no pudo explicar. Pero lo que realmente lo desconcertó fue su olor —o más bien, la ausencia de él—. Con su nariz supersensible, Sergio podía distinguir el aroma de cada persona en el salón: el sudor rancio de Juan, el perfume dulzón de Mariana, el tufo a frituras de los que venían de la tiendita. Pero Luisa no olía a

nada. Ni a sudor, ni a jabón, ni siquiera a la tierra que impregnaba todo en el pueblo. Era un vacío olfativo que lo intrigó tanto como lo perturbó.

Luisa, por su parte, parecía existir en un mundo propio. Durante las clases, se sentaba al fondo, garabateando en un cuaderno de tapas negras con una concentración casi científica. No eran apuntes de matemáticas ni de historia, sino observaciones minuciosas: dibujos hiperrealistas de sus compañeros, del pizarrón, de una mosca posada en la ventana. A veces escribía notas breves junto a los bocetos: "Se ríe cuando el maestro tropieza", "Usa calcetines disparejos los jueves", "Corre como si el suelo lo persiguiera". Observaba a los demás como si fueran especímenes en un laboratorio, fascinada por sus emociones y costumbres, pero siempre desde una distancia impenetrable.

Sergio, cegado por una mezcla de curiosidad y algo que pronto reconoció como enamoramiento, comenzó a buscar formas de acercarse a ella. Le ofrecía golosinas de su mochila —un caramelo de tamarindo, una paleta de cajeta— y cargaba su mochila cuando la veía cargada de libros. Con los demás era amable, pero con Luisa era más: sus gestos se volvían torpes, su voz se quebraba un poco, y sus mejillas se teñían de rojo cuando ella lo miraba con esa expresión ausente. Sus amigos empezaron a notarlo, bromeando con que "Limpias por fin había caído". Pero lo que realmente lo delataba eran los celos. Luisa rara vez interactuaba con alguien, prefiriendo su soledad y su cuaderno, pero cuando algún chico se le acercaba —quizá para pedirle un lápiz o hacerle una pregunta—, Sergio fruncía el ceño y se movía inquieto en su asiento, incapaz de disimular su incomodidad.

Ella, sin embargo, parecía inmune a sus esfuerzos. Cuando él le ofrecía su chamarra en los días fríos, ella la rechazaba con un "No, gracias" cortante. Cuando le decía piropos torpes que había practicado frente al espejo —"Tus ojos son como el cielo antes de llover"—, ella lo miraba con una mezcla de confusión y curiosidad, anotaba algo en su cuaderno y seguía con lo suyo. Sergio, en su delirio romántico, no notaba las señales que hacían de Luisa alguien más que peculiar: nunca sudaba, ni siquiera en los días más calurosos; nunca la veía comer en el recreo; y su piel, siempre fría al roce accidental, no parecía humana bajo la luz del sol.

Un día, sin previo aviso, Luisa lo sorprendió. Mientras él recogía sus cosas al final de la clase, ella se acercó y dijo con su voz clínica: "Puedes venir a cenar mañana con mis padres. A las siete. En la calle del Nogal, número 13." Y se fue, sin esperar respuesta. Sergio se quedó paralizado, con el corazón latiéndole como tambor. No se detuvo a pensar en lo extraño que era que una chica tan reservada lo invitara así, de la nada, después de meses de apenas cruzar palabra. En su mente, era una señal: Luisa lo quería cerca, y eso era suficiente.

Esa noche, Sergio apenas durmió. Pasó horas frente al espejo, probándose camisas y peinándose el cabello con gel hasta que quedó tieso como alambre. Quería verse presentable, pero no demasiado formal; después de todo, era una cena, no una entrevista de trabajo. Planeó qué diría a los padres de Luisa: hablaría de sus buenas calificaciones, de cómo ayudaba en casa, de sus sueños de estudiar mecánica. Quería convencerlos de que era un buen chico, alguien digno de su hija.

La noche siguiente, llegó a la calle del Nogal con una camisa azul planchada y un nudo en la garganta. La casa de Luisa era una construcción vieja, con ventanas oscuras y un aire de abandono que contrastaba con las demás casas del pueblo. Antes de que pudiera tocar el timbre, la puerta se abrió. Dos figuras altas y desgarbadas lo recibieron: los padres de Luisa. Eran tan pálidos como ella, con rostros angulosos y ojos que parecían perforarlo. Lo invitaron a pasar con gestos mecánicos, casi robóticos, y lo guiaron a una mesa larga en un comedor mal iluminado.

Sergio se sentó, esperando el aroma de la cena, pero no había nada. La casa estaba impregnada de un silencio opresivo y una ausencia total de olores. Ni comida, ni flores, ni siquiera el tufo a humedad típico de las casas viejas. Los padres de Luisa lo miraban fijamente, con sonrisas heladas. "¿Te gusta la carne cruda?" preguntó el padre de pronto, su voz como un eco en una cueva. "¿Cuánto pesas sin ropa?" añadió la madre, inclinándose hacia él. Sergio rio nervioso, pensando que era una broma, pero sus expresiones no cambiaron. "¿Con qué platillo te describirías?" insistieron, y él balbuceó algo esperando romper el hielo. No lo logró.

La incomodidad creció cuando pidió ir al baño para refrescarse. Mientras caminaba por el pasillo oscuro, escuchó voces. No eran palabras en español ni en ningún idioma que reconociera: eran sonidos guturales, siseantes, como si las cuerdas vocales humanas no estuvieran diseñadas para producirlos. Hablaban rápido, con una urgencia que lo puso en alerta. Se detuvo, conteniendo la respiración, pero las voces se silenciaron justo cuando decidió regresar.

De vuelta en el comedor, Luisa lo esperaba de pie. Sin preámbulos, lo tomó del brazo y lo llevó a la puerta. "No puedes quedarte. Vete. Ahora." Su tono era más cortante que nunca, y antes de que Sergio pudiera protestar, estaba fuera, con la puerta cerrada tras él. La noche lo envolvió.

En casa, su mente era un torbellino. ¿Qué había pasado? ¿Había dicho algo malo? ¿Era su camisa? ¿Sus respuestas torpes? Pasó la noche en vela, imaginando escenarios absurdos, incapaz de sacarse de la cabeza la mirada de Luisa al despedirlo: no era enojo, sino algo más profundo, algo que no entendía.

Los días siguientes, Luisa comenzó a faltar a clases. Cuando aparecía, era por poco tiempo, y siempre con excusas extrañas que murmuraba al maestro. Sergio no podía dejarla ir. La buscaba en el recreo, le preguntaba qué había pasado, pero ella lo esquivaba con respuestas breves y evasivas. Su cuaderno, sin embargo, seguía creciendo con dibujos y notas, y a veces Sergio juraba que lo miraba de reojo mientras escribía.

La curiosidad y el desespero lo consumieron. Una tarde, tras otro día sin Luisa en la escuela, decidió actuar. Compró un ramo de flores en la florería del pueblo —claveles rojos, lo mejor que su dinero pudo pagar— y tomó unos binoculares viejos de su padre. Su plan era simple: espiar la casa desde lejos, confirmar si Luisa estaba allí, y luego tocar la puerta con las flores como excusa. Era una idea romántica y ridícula, pero estaba dispuesto a todo.

Esa noche, oculto tras unos arbustos al otro lado de la calle, enfocó los binoculares hacia la casa de Luisa. Las ventanas estaban oscuras, pero algo se movía en el patio trasero. Entonces lo vio: una esfera pulsante, como una masa de carne viva surcada de venas, descendió del cielo con un zumbido grave. Los padres de Luisa salieron al patio, sus siluetas alargadas bajo la luz de la luna. Arrastraban a Luisa, que no se resistía, pero cuyos ojos brillaban con una súplica silenciosa. De la esfera emergieron figuras aún más extrañas —seres de extremidades largas y cuerpos imposibles— que tomaron a Luisa y a sus "padres" y los subieron a la nave. En segundos, la esfera ascendió verticalmente y desapareció en el cielo negro.

Sergio corrió a la casa, el ramo olvidado en el suelo. Tocó la puerta, gritó su nombre, pero no había respuesta. En el patio, encontró el cuaderno de Luisa tirado entre la hierba. Las páginas estaban llenas de dibujos de él: su rostro, su camisa, su silueta. Junto a los bocetos, notas: "Huele a algo que no entiendo", "Insiste aunque lo rechace", "Es extrañamente amable". En la última página, escrito con prisa, un mensaje: "No quería que te comieran".

Luisa lo había estudiado como él la estudiaba a ella, lo había protegido, pero no pudo escapar de lo que fuera que la reclamó. Sergio se quedó solo, con el cuaderno en las manos y el aroma de su

loción flotando en el aire. El zumbido de la nave aún resonaba en sus oídos, mezclado con el eco de la voz de Luisa, mientras las estrellas sobre Delicias brillaban con una indiferencia cruel.